



CAPÍTULO. X.

Historia de Don Alfonso y de la bella Serafina.



ADA, padre mio, os ocultaré, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Haríale gran agravio en desconfiar de él á vista de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues, á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi origen fué el que voy á referir. Un oficial de la guardia alemana¹, llamado el baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño recién nacido, envuelto en pañales muy aseados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este desgraciado niño soy yo, y esto es todo cuanto sé. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me espuso únicamente para ocultar algunos vergonzosos amores; ó si, seducida por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Como quiera que sea, al baron y á su muger les enterneció mucho mi desgracia; y como no tenían sucesion, resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de Don Alfonso. Al paso que crecia yo en edad, crecia el amor en ellos hácia mí. Hacíanme mil caricias en pago de mis apacibles modales y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme maestros de todas materias. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubrie-

¹ Era la guardia real que hacia el servicio militar en el palacio de los reyes de España. Duró todo el tiempo que ocupó el trono español la dinastía austríaca desde el emperador de Alemania Carlos V, primero de este nombre en Castilla, hasta que por muerte sin sucesion de Carlos II entró la actual dinastía francesa de Borbon, que abolió aquella guardia, y creó la nueva llamada de *corps*, á semejanza de la de los reyes de Francia.

sen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el baron me vió capaz de poder seguir la milicia, me aplicó á servir al rey. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me hizo presente que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, cuanto solo seria deudor á mi valor y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia callado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Países Bajos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos, me restituí á Madrid; y el baron y su muger me recibieron con nuevas demostraciones de cariño. Eran pasados dos meses desde mi regreso, cuando una mañana entró en mi cuarto un pajecillo, y me entregó en las manos un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha; y con todo eso vd. me ve todos los dias á mi balcon con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme quisiera inspirar amor en ese corazon de hielo.*

Así que leí este billete me persuadí sin la menor duda de que era de una viudita llamada Leonor, que vivia en frente de mi casa, y tenia fama de ser alegre de cascos. Ecsaminé sobre este punto al pajecillo, que por algun breve rato quiso hacer el callado; pero á costa de un ducado que le dí satisfizo mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Deciale en ella que conocia y confesaba mi delito, del cual estaba ya medio vengada, segun lo que yo sentia en mí.

Con efecto, no dejó de hacerme impresion esta graciosa manera de grangear la voluntad. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente al balcon para observar á la señora, que tampoco se descuidó de dejarse ver al suyo. Hícele señas á las cuales correspondió; y el dia siguiente me envió á decir por el mismo pajecito que, si entre once y doce de aquella noche queria yo hallarme en nuestra calle, podiamos hablarnos á la reja de un cuarto bajo. Aunque no estaba muy enamorado de una viuda tan viva, sin embargo no dejé de responderle muy apasionadamente; y á la verdad esperé á que anocheciese con tanta impaciencia como si efectivamente la amara mucho. Luego que fué de no-

che salí á pasearme al Prado, para entretener el tiempo hasta la hora de la cita, y apenas entré en el paseo, cuando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirándome con ceño:—Caballero, me dijo, ¿no sois vos el hijo del Baron de Steinbach?—El mismo, le respondí.—Luego vos sois el citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en su reja. He visto sus billetes, y vuestras respuestas, que me mostró el pajecillo. Os he venido siguiendo hasta aquí desde que salisteis de casa, para advertiros que tenéis un competidor, cuya vanidad se indigna de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Me parece no necesito deciros mas; y pues nos hallamos en sitio retirado, decidan la dispuesta las espadas, á menos de que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto os quito la vida.—Ese sacrificio, respondí, se habia de pedir, y no ecsigirse. Lo hubiera podido conceder á vuestros ruegos; pero lo niego á vuestras amenazas.

—Pues riñamos, dijo él atando el caballo á un árbol, porque es indecoroso á una persona de mi esfera bajarse á suplicar á un hombre de la vuestra; y aun la mayor parte de mis iguales puestos en mi lugar se vengarian de vos de un modo menos honroso. Ofendíéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado la espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanto empeño que duró poco el combate. Sea que le cegase su demasiado ardor, ó sea que yo fuese mas diestro que él, le dí desde luego una estocada mortal, que le hizo primero titubear, y despues caer en tierra. Entonces no pensé mas que en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del Baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi lance solo serviria para afligirle, y cuando consideraba el peligro en que me hallaba, veia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Poseido enteramente de amargúsimas reflexiones, anduve toda la noche y la mañana del dia siguiente; pero á eso del medio dia me ví precisado á detenerme para que el caballo descansara y se mitigase el calor que cada instante era mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta puesto el sol, y continué luego mi camino con ánimo de no apear-me hasta estar en Toledo. Me hallaba ya dos leguas mas allá de Illescas, cuando á eso de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad semejante á la que acaba de sobrecogernos. Lleguéme á las tápias de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo, me arrimé con mi caballo lo mejor que pude á una puerta pequeña de una estancia que estaba casi en un ángulo de la misma cerca,



sobre la cual habia un balcon. Apoyándome en la puerta ví que no la habian cerrado, y discurrí que esto habria sido culpa de los criados. Me apeé, y no tanto por curiosidad, como por resguardarme mas del agua, que no dejaba de incomodarme mucho debajo del balcon, me entré en aquella habitacion baja, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Durante la tempestad procuré reconocer aquel sitio; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué era una quinta de alguna persona opulenta. Estaba aguardando por instantes que cesase la tempestad para seguir mi camino; pero habiendo visto á lo lejos una gran luz, mudé de parecer. Dejé resguardado el caballo en aquella pieza, cuidando de cerrar la puerta, y fuíme acercando hácia la luz, presumiendo que estaban todavia levantados en la casa, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores, me hallé en una sala, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en ella, y viendo su suntuosidad á beneficio de una magnífica araña con varias bujías, ya no me quedó duda de que aquella casa de campo era de algun gran personage. El pavimento era de mármol, el friso pintado y dorado con arte, la cornisa primorosamente trabajada, y el techo me pareció obra de los mas diestros pintores; pero lo que mas me llevó la atencion fué una multitud de bustos de héroes españoles, puestos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante cuidado para enterarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oido para ver si sentia rumor, no llegué á percibir ninguno, ni á ver persona alguna.

A un lado del salon habia una puerta entornada; la entreabrí, y noté una crujía de cuartos, en el último de los cuales habia luz. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si volverme por donde habia venido ó animarme á penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retirarme; pero pudo mas en mí la curiosidad que la prudencia, ó, por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza del destino pue me arrastraba. Llevé, pues, mi empeño adelante, y atravesando todas las piezas llegué á la última, donde ardia sobre una mesa de mármol una bujía puesta en un candelero de plata sobredorada. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una cama, cuyas cortinas estaban entreabiertas á causa del calor, ví un objeto que me robó toda la atencion. Era una jóven que, á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella con el mayor silencio, y á favor de la luz de la bujía, descubrí una tez tan delicada y un rostro tan hermoso, que verdaderamente me encantaron. Al verla, to-

da mi máquina se conmovió: me sentí enteramente enagenado; pero por mas agitado que me tuviesen mis impulsos, el concepto que hice de la nobleza de su sangre me impidió formar ningun pensamiento temerario, pudiendo mas el respeto que la pasión. Mientras estaba yo embelesado en contemplarla, se despertó.

Fácil es de imaginar cuánto la sobresaltaría el ver á un hombre desconocido á media noche en su cuarto, y al pié de su misma cama. Toda asustada y estremecida dió un gran grito. Hice cuanto pude para quietarla; hincó una rodilla en tierra, y lleno de respeto le dije:—No temais, Señora, que yo no he entrado aquí con ánimo de ofenderos. Iba á proseguir; pero ella atemorizada no tuvo siquiera libertad para escucharme. Comenzó á llamar á grandes voces á sus criadas, y como ninguna le respondiese, cogió á toda priesa una bata ligera que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, saltó acelerada al suelo, agarró la bujía, y atravesó corriendo toda la crujía de cuartos, llamando sin cesar á sus doncellas y á una hermana suya menor, que vivía en la misma quinta, bajo de su custodia. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo ni oirme me tratasen mal; pero quiso mi fortuna que, por mas gritos que dió, nadie pareció sino un criado viejo que de poco le hubiera servido si algo tuviera que temer. No obstante, con la presencia del buen viejo alentándose algun tanto, me preguntó con altivez quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para meterme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas le dije que habia entrado por la puerta del cuarto del jardín, que habia hallado abierta, cuando exclamó al instante diciendo:—¡Justo cielo, y qué sospechas me vienen ahora al pensamiento!

En esto va con la luz á registrar todos los cuartos de la quinta, y no encuentra á ninguna de sus criadas, ni á su hermana; antes sí ve que éstas se habian llevado cada una sus ropas! Pareciéndole que se habian verificado sobradamente sus sospechas, se volvió á donde yo habia quedado, y articulando mal las palabras con la cólera:—Infame, me dijo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traído á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por el motivo que finges. Tú eres de la comitiva de Don Fernando de Leiva y cómplice en su delito; pero no esperes huir de mi venganza, pues tengo aun bastante gente en casa que te prenda.—Señora, le dije, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á Don Fernando de Leiva, ni sé todavía quien sois vos. Yo soy un desgraciado, á quien cierto lance de honor ha obligado á ausentarse de Madrid; y os juro, por cuanto hay de mas sagrado, que á no haberme precisado á ello la tempestad, no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, Señora, formar mejor concepto de mí. En vez de

suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida de que estoy prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, la tranquilizaron, de modo que desde aquel punto mostró no mirarme ya como á enemigo. Cesó en el mismo momento su enojo; pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente, y sus lágrimas me enternecieron de manera que no me sentí menos afligido que ella, aun cuando ignoraba la causa de su pena. No me contenté con acompañarla en el llanto, sino que, deseoso de vengar su afrenta, me entró una especie de furor.—Señora, exclamé, entre lastimado y colérico, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿Y qué especie de ultrage ha sido el vuestro? Hablad, Señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Queréis que busque á Don Fernando y que le atraviese de parte á parte el corazón? Nombradme todos aquellos que queréis os sacrifique; mandad, y sereis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, á quien habeis mirado como enemigo, se espondrá por amor de vos á cualquier riesgo.

Quedóse suspensa aquella señora á vista de un arrebato tan inesperado, y enjugando sus lágrimas, me dijo:—Perdonad, Señor, mi temeraria sospecha á la infeliz situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina, y me quitan además hasta el natural rubor que me causa el que un extraño sea testigo de una afrenta hecha á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido, reconozco mi error, y admito vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de Don Fernando.—Bien está, Señora, repliqué; ¿pero en qué deseais que os sirva?—Señor, respondió Serafina, el motivo de mi pesar es el siguiente: Don Fernando de Leiva se enamoró de mi hermana Julia, á quien vió en Toledo, donde vivimos de ordinario. Pidióselo á mi padre, que es el conde de Polan, quien se la negó por antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana, que apenas tiene quince años, se habrá dejado engañar de mis criadas, sin duda ganadas por Don Fernando, y noticioso éste de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá aprovechado la ocasion para robar á la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplícoos, pues, Señor, que os tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuese posible, á donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella señora, que el encargo que me daba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir cuanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta